

UN PROYECTO PARA LA NUEVA DÉCADA

FELIPE GONZÁLEZ

Un día, hace dieciséis años, en las afueras de París, en el pueblo de Suresnes, fui elegido por exclusión —porque no había otro compañero que quisiera serlo— secretario general del Partido Socialista Obrero Español (PSOE). Ese viejo Partido Socialista (PS) histórico que ha sido el tronco común en torno al cual se ha ido nucleando la organización y el gran debate sobre el socialismo democrático en España. Desde entonces las cosas han cambiado de forma decisiva. Cuando he oído a la presidencia del Congreso leer los votos válidos, los mandatos representados, he recordado que en 1974 eran sólo 3.700 los que nos apoyaban. No ha pasado tanto tiempo. Sólo ha transcurrido el ciclo corto de una generación, 1974-1990. Dieciséis años.

¿Y qué soñábamos, en el sentido más noble de la palabra, en aquellos momentos? ¿Qué queríamos hacer? Queríamos vivir en una sociedad libre y democrática. Hablábamos entonces de la conquista de parcelas de libertad, de un proceso hacia la democratización del país. Utilizábamos exactamente el concepto de conquista de parcelas de libertad para hacer irreversible un proceso de democratización.

A partir de aquellos momentos empezamos a trabajar dentro del movimiento socialista, intentando que el instrumento que ofrecíamos para realizar la democratización de nuestra sociedad, el PS, fuera capaz de abarcar el mayor número de sensibilidades posible. Iniciamos así conversaciones en las que nadie se sentía más que nadie. Tenía entonces la convicción —que el desarrollo de los acontecimientos me confirmó— de que había que aprovechar, en el mejor sentido de la palabra, el viejo tronco común del socialismo histórico para articular en torno suyo la gran corriente del socialismo democrático en España. Esa era la aspiración, y aquí, en esta tierra, donde yo he tenido algunas experiencias peculiares, conversábamos con

compañeros del Movimiento Socialista, de la Federación Socialista, del mismo modo que en otros sitios lo hicimos con Convergencia Socialista u otros. Fue un esfuerzo de ampliación, no sólo de la base sino también de las distintas sensibilidades culturales y territoriales. Y también de origen. Por eso hoy hay que descartar de nuestro debate el vicio que a veces aflora de discutir teniendo en cuenta el origen de los que discuten.

BASE COMÚN

Así se inició un proceso flexible, abierto y generoso por parte de todos. Fue también un proceso difícil. La base común para hacer compatibles las distintas sensibilidades fue la creencia de que el socialismo y la libertad eran inseparables. Nadie tenía ninguna titularidad de nada. Nuestra única titularidad consistía en el intento de abrir una brecha en el muro de la dictadura para conseguir una convivencia en libertad, en una época en la que no era precisamente cómodo hacer política. La verdad es que tampoco es cómodo hacer política ahora, aunque sea difícil explicarlo sin caer en la tentación de la queja. ¿Y de qué podríamos quejarnos? Estamos en la política porque queremos. Pero no queremos para satisfacer un capricho personal, sino porque tenemos una

idea de cómo se sirve a la sociedad en que vivimos y deseamos compartirla con la mayoría. Cuando iniciamos esta apasionante aventura, los que compartíamos en nuestro país las aspiraciones del socialismo democrático no deseábamos limitar nuestro diálogo simplemente a un acuerdo que hiciera más fuerte y más sólida la organización de los socialistas en toda España. Teníamos claro que ese objetivo no era suficiente, que nuestro diálogo tenía que proyectarse hacia la sociedad y que además tenía que hacerlo en competencia con la derecha y también en competencia con los comunistas.

¿Pero acabamos de descubrir que el socialismo es inseparable de la libertad? No. Un sociólogo francés ha dicho que quizás el año 89, tan ejemplar por tantas cosas, marca el final del siglo XX. Y si los historiadores también dicen que empezó en el año 14 con la primera guerra mundial y acaba con la caída del muro de Berlín, parece que no nos queda más remedio que concluir que éste ha sido un siglo corto. Desde el punto de vista de la participación de España en las responsabilidades colectivas de Europa, es aún más corto, porque acabamos de integrarnos en la corriente internacional en la década de los 80. Y por consiguiente, poco tiempo hemos tenido para participar en el destino europeo del siglo XX. Sin embargo, quizás

Del discurso pronunciado en la clausura del VI Congreso del Partido Socialista Catalán (PSC-PSOE); reproducido de *Leviatán* núm. 41, Madrid, otoño de 1990.

FERNANDO CLAUDÍN

A los 77 años sorprendió la muerte a Fernando Claudín. Sin duda para muchos de nosotros —sobre todo aquella generación que hizo su primera formación intelectual en el exilio— su trayectoria y conjunto de escritos representa uno de los aportes más originales y estimulantes de las últimas décadas; tanto sobre una crítica y reformulación de la concepción marxista como una fundamental puesta en cuestión de los llamados “socialismos reales”.

Claudín fue parte de toda una pléyade de viejos combatientes comunistas que lucharon en Europa tenazmente contra el fascismo, luego contra el franquismo y creyeron ver en la experiencia bolchevique la coronación de sus ideales. El coraje de Claudín estriba en su absoluta consecuencia, honestidad y rigor intelectual, que lo llevó a discrepar frontalmente con el Partido Comunista Español cuando eso significaba a menudo la infamia, el ostracismo y la incompreensión generalizada. En 1964 se le expulsa de las filas comunistas junto a su entrañable amigo Jorge Semprún —hoy ministro de Cultura del gobierno español— y de allí despegó su trabajo creativo como parte de un pequeño núcleo de exilados que vivían modestamente en París. Luego de varios años de elaboración —un verdadero testimonio de vida— aparece en 1970 publicado por Ruedo Ibérico la obra monumental *La crisis del movimiento comunista internacional*, en donde desglosa magistralmente los avatares de esta expresión política y pone al desnudo los problemas de fondo del ensayo soviético. En *Marx, Engels y la*

revolución de 1848 (1975) contribuye a un conocimiento desapasionado y objetivo de los “padres fundadores”, desacralizando sus escritos, situándolos en el debate histórico de la época. *Eurocomunismo y socialismo* (1977) es quizás uno de los primeros ensayos sistemáticos que indaga en las raíces de los virajes de los partidos comunistas de occidente y diagnostica su carácter limitado e inconcluso señalando derroteros críticos. Por último, sin pretender una relación exhaustiva, *La oposición en el socialismo real* (1981) demuestra la permanente inquietud política e intelectual de Claudín por la situación y trayectorias de los llamados países del Este. A esta temática dedicó decenas de artículos, conferencias y ensayos; en nuestra revista se publicó una amplia entrevista exclusiva “Reflexionar sobre la experiencia histórica” (núm. 11, abril a junio de 1987) y dos textos, “URSS: los márgenes de Gorbachov”, basado en la transcripción de una conferencia dictada en el país (núm. 12, diciembre de 1987) y “Gorbachov: la revolución en el campo soviético” (núm. 17, enero a marzo de 1990), que nos enviara especialmente.

Para muchos de nosotros esta será una pérdida irreparable. No construiremos un mito ni haremos una exégesis escolástica de sus textos. Se trataba de un hombre de carne y hueso que gozaba, reía y sufría como todos. Tengo casi la certeza que su pasión por la vida lo llevó a disfrutar intensamente hasta el último minuto. *Paulo Hidalgo* ☞

convenga recordar ahora que ya Fernando de los Ríos, cuando llega a la URSS y discute con Lenin y con dirigentes de la revolución de Octubre sobre el proceso de división de la izquierda entre el socialismo democrático y el comunismo, hizo aquella reflexión que hoy, setenta años después, conserva toda su actualidad. El dirigente socialista español se queja de la falta de libertad en la revolución que comienza, y ante la pregunta de Lenin: “¿Libertad para qué?”, responde con una tautología: “libertad para ser libres”. Nada más que eso. Y nada menos que eso.

Ahora que se habla de un intento de vampirizar las ideas, quiero también recordar algo que en 1922 dice Prieto porque me parece de una extraordinaria actualidad y revela un camino a la inversa recorrido por el socia-

lismo democrático que sí debemos reivindicar. En los debates sobre la división de la izquierda, presumiendo, quizás innecesariamente, de no haber leído a Marx, Prieto afirmaba: “Soy socialista a fuer de liberal”. Ambos estaban recogiendo una tradición del XIX, cuando la pugna se establecía entre conservadores y liberales —pero del liberalismo de entonces— y éstos se identificaban en términos de progreso. Cuando se agota esa lógica del liberalismo, que arranca simbólicamente de la revolución francesa, aparece una lógica complementaria y alternativa, que es la lógica del socialismo democrático. Por tanto, en nuestro debate actual hay algunas razones para retrotraerse a la generación del 98, que ya soñaban con romper con el aislamiento de España al que consideraban uno de los grandes frenos del

progreso y la modernización del país. También en la generación del 27 o en las de los años treinta, más allá de sus errores, hay raíces importantes que nos permite enriquecer nuestras señas de identidad en una época de cambios, extraordinariamente difícil, como la que vivimos.

ACOGER UNA MAYORÍA

Cuando en el PS y en todas las organizaciones partidarias parecía aún inconcebible la idea de que pudiéramos obtener un respaldo mayoritario de los electores españoles, existía ya un núcleo de personas que aspirábamos a dar a la sociedad un proyecto alternativo y mayoritario, capaz de ser flexible y de acoger en su seno una mayoría social, siempre compleja en cualquier sociedad y por tanto tam-

bién en la nuestra. Queríamos avanzar en el camino de la consolidación de las libertades y la democracia y constituirnos en una alternativa de gobierno para nuestro país en su conjunto. Y esa alternativa se fue consolidando.

Ya me he referido al Congreso que me dio la responsabilidad de secretario general hace dieciséis años. Hace ocho años, en un mes de octubre, los ciudadanos de todos los rincones de España nos otorgaron su apoyo mayoritario para cambiar la realidad de nuestro país. Algún tiempo antes ya nos habían dado su confianza en los municipios y todavía hoy, culminada la década de los ochenta e iniciada la de los noventa, más del 60% de los ciudadanos de España tienen un alcalde socialista. Hemos recorrido un largo camino y en ese camino no sólo hemos hecho un esfuerzo para ponernos de acuerdo entre nosotros, sino que hemos ido completándolo después con otros sectores de la izquierda, aunando voluntades en nuestro trabajo común. A lo largo de ese recorrido hemos ido confrontándonos con la realidad y articulando un proyecto que hoy representa a la mayoría de la sociedad. De hecho ya antes de 1982, si tenemos en cuenta el conjunto de las instituciones, la mayoría social estaba con el socialismo democrático. Esa responsabilidad ha pesado mucho sobre nosotros y ha requerido un gran esfuerzo.

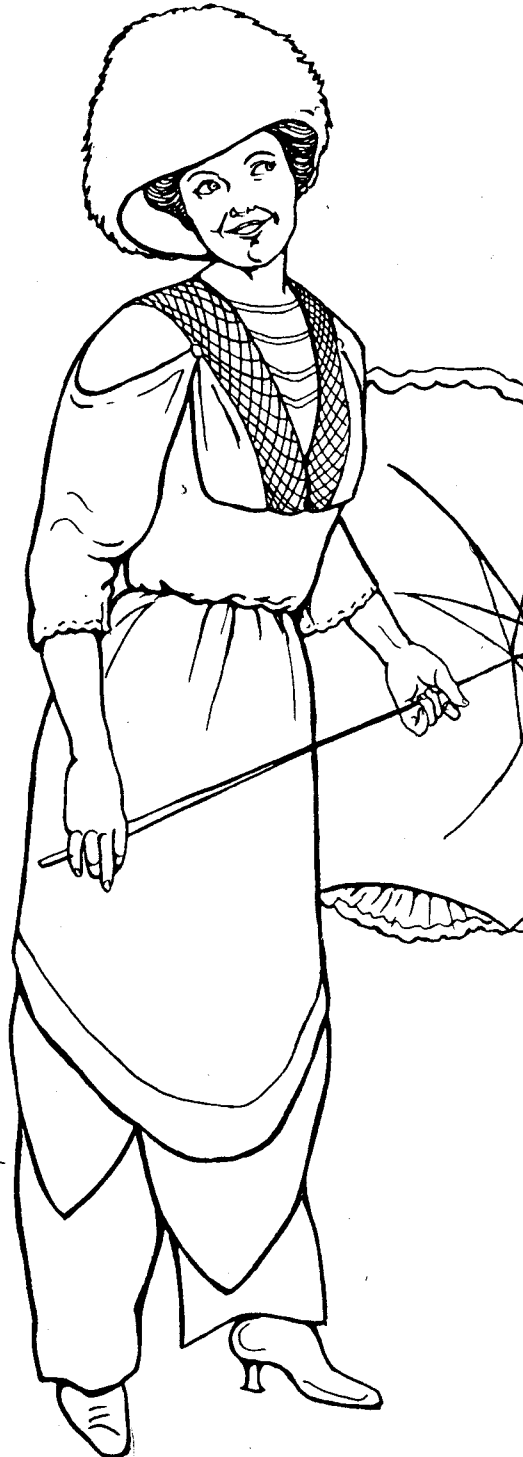
No hay que olvidar que en el Congreso que tuvo lugar en las afueras de París sólo se contaron unos 3.700 mandatos y, años después, en diciembre de 1976, en un Congreso que ni siquiera era en la legalidad, eran 10.500, si mal no recuerdo, los mandatos. Desde entonces, hemos tenido que asumir enormes responsabilidades, y eso no nos ha permitido madurar rápidamente. Hemos pasado por procesos verdaderamente importantes. Hace una década, por ejemplo, se produjo el debate sobre el marxismo. Probablemente fue un debate más religioso que político, en el sentido falso de la religiosidad, ya que más bien se trataba de sí había o no que tener el retrato de Marx colgado como referencia en cada uno de los locales del partido o de los despachos de trabajo. Pero, aunque no fuera un debate a fondo sobre las ideas, sí fue

en parte una anticipación del debate que se ha vivido en el conjunto de Europa y, sobre todo, en Europa Central y en Europa del Este. Así, una década después, también ellos han llegado a la conclusión de que la interpretación que se consideraba más ortodoxa del marxismo, la interpretación comunista, ha fracasado.

Me gustaría que no se tomara esta conclusión a la ligera y mucho menos de forma irrespetuosa o como una crítica fácil. Es verdad que la totalización de las ideas, el esfuerzo por intentar ofrecer un mundo acabado y perfecto de ideas cerradas, está en el centro mismo del fracaso de esa experiencia. Se trata de una totalización que a veces se ofrece como una garantía cuasi religiosa de seguridad en lo que se hace, como una confusión lamentable de una tensión hacia la utopía; en una confusión, en definitiva, entre el camino y la meta; sobre todo cuando la meta, concebida como una totalidad acabada, nunca se alcanza. Este fracaso tiene importantes consecuencias, y obliga también al socialismo democrático a la reflexión y al debate. Octavio Paz, que hoy no se caracteriza por estar dentro de una corriente de izquierdas, decía algo que me parece profundamente acertado: "que la respuesta comunista haya fracasado no significa que las preguntas no permanezcan, no sigan estando vivas".

NO SON LO MISMO

Por consiguiente, habría que concluir afirmando que no debe fanatizarse este juego de palabras que consiste en igualar el fracaso del comunismo al triunfo del capitalismo. Esta carrera a pelo que a veces se observa en la dirección contraria y de hecho lo está siendo. En alguna de las batallas que me ha tocado librar en el partido en estos años, dije públicamente, lo que provocó un cierto escándalo, que, sin poner en el altar la economía de mercado, me parecía que era el sistema más eficaz para generar la riqueza que nos permite hacer políticas finalistas. No un becerro de oro digno de adoración, sino un instrumento de la política económica. Pues bien, debo tener pasión por ir contracorriente porque, dada esa batalla en el partido



de aproximación a la realidad y de exigencia responsable a la hora de gobernar, hoy tengo que llamar la atención sobre el intento de equiparar economía de mercado y democracia como valores iguales que empieza a aparecer en los documentos internacionales y en la política aplicada en todos los países del Centro y del Este europeo. Yo he defendido la privatización de las tareas que no corresponden al Estado, pero me preocupa esa especie de fanatización en la dirección contraria, que puede llegar a privatizar las carreteras por kilómetros.

Me preocupa esa sacralización de la economía de mercado. Democracia y economía de mercado no son lo mismo. Para darse cuenta de ello no es preciso recurrir a la ideología, basta aplicar el sentido común. Pinochet, por no referirme al que nos tocó a nosotros, ha demostrado suficientemente que la dictadura es compatible con la economía de mercado, con una economía totalmente neoliberal. La libertad económica y la libertad de iniciativa son compatibles con la falta de libertad política, cultural y social. Pero equiparar democracia y economía de mercado no sólo es un error, también es una traición a los valores que deben inspirar la lucha por el socialismo democrático. Sin embargo, debo decir que, de la misma forma que las dictaduras han demostrado su compatibilidad con la economía de mercado, no hay ninguna demost-

ción de que una democracia pueda sobrevivir sin libertad económica y sin iniciativa privada. Pero esas libertades que existen en la democracia tienen para los socialistas un sentido instrumental, como para todo el que ejerce el poder, pero especialmente para los que lo ejercemos desde el socialismo democrático.

Desde hace unos meses vengo hablando de algunas ideas que, aunque elementales, conviene sin duda recordar: la necesidad de un proyecto autónomo, de una respuesta autónoma del socialismo democrático. Esa autonomía debe existir tanto en la concepción de nuestro proyecto como en la realización del mismo. Si algo podemos ofrecer a los ciudadanos desde la profundidad del sentimiento de libertad que entraña la democracia, es la autonomía de un proyecto que tiene que ser realizado sin hipotecas que puedan condicionar o alterar la voluntad soberana y mayoritaria que expresan los ciudadanos. Debemos demostrar a los ciudadanos que, aunque cometamos errores en la aplicación del proyecto, su voto, que los iguala entre ellos, expresa la voluntad democrática que sirve para que la realización de la política no esté hipotecada por ningún corporativismo y por ninguna fuerza externa. Pero no se debe confundir la autonomía del proyecto socialista con la carencia de diálogo, de compromiso o la ausencia de pactos, porque la sociedad democrática

nos exige compromiso, reclama diálogo y pide el pacto, sobre todo cuando los retos por los que hay que luchar son tan importantes e intensos como los que hemos superado en la década de los ochenta y tenemos que afrontar en los noventa.

PROFUNDIZAR EL DEBATE

El año 89 ha sido un año que marcará la historia europea y la historia del mundo. Y en esa realidad cambiante, aunque probablemente están en crisis todos los modelos, la desaparición del modelo de referencia que constituyó el comunismo ha creado un sentimiento de orfandad en algunos sectores de la sociedad. No me refiero sólo a los cuadros dirigentes de los partidos, sino a una base social que ha pensado durante décadas, en muchos casos durante setenta años, que ese modelo era la alternativa para la solución de todos los problemas que padecía la sociedad occidental. Esa crisis nos plantea, en la década de los noventa, nuevas exigencias como socialistas. La primera es, sin duda, profundizar en el debate sobre las ideas y la organización.

Quiero empezar afirmando que lo que llaman despectivamente aparato es lo que nos permite que nos reunamos aquí, luchar electoralmente con posibilidades de ganar y mantener una militancia disciplinada y entregada con la que podamos llevar adelante nuestro proyecto. Sin embargo, es



cierto que los aparatos de las organizaciones, las organizaciones en sí mismas, tienen una tendencia lógica a cerrar filas, que se acentúa cuando, con razón o sin ella, se sienten agredidos desde fuera. Esa tensión entre el ensimismamiento y la necesidad de abrir el Partido a la sociedad para seguir representándola mayoritariamente, es una tensión que va a subsistir. Pero no podemos ser cicateros con la mayoría social si queremos representarla y seguir en contacto con ella. Por eso, el primer debate tiene que ser ese, sin caer en discusiones sobre los orígenes de cada cual, con la flexibilidad que debe caracterizar nuestro comportamiento. Pero la flexibilidad no se debe confundir con debilidad o permeabilidad ante aquellas agresiones que intentan perjudicarnos. Mantener la cohesión y la solidaridad tiene que ser compatible con la apertura y la flexibilidad dentro y fuera de nuestras filas.

Si queremos representar a la mayoría de una sociedad, en la que hay una estructura de clase distinta y nuevas preocupaciones emergentes, deberemos integrar coherentemente en nuestro trabajo y en nuestros debates ingredientes, que no son sólo los del tronco común histórico, sino los que aporta esa sociedad cambiante. No sólo la finalidad y los objetivos de libertad y justicia social que nos identifican, sino también una atención a los fenómenos nuevos que aparecen.

Sin embargo, hay algo que nos turba, incluso que nos perturba, en nuestro trabajo. Sabemos que debemos aceptar el derecho de cualquier ciudadano a opinar, sea o no socialista, sea o no votante socialista, sobre lo que debemos o no hacer en nuestro Partido y en nuestros Congresos, a opinar como quieran, con el apoyo y el aplauso o con la crítica. Ahora bien, hay un límite porque algunos no sólo quieren opinar sin ser militantes, y a veces sin ser votantes, sino que quieren decidir. Por eso, las reglas del juego tienen que estar claras. Donde se decide es aquí, en los Congresos del partido; con sensibilidad y respeto a lo que se dice fuera, sin duda, pero donde se decide es aquí. Esa es la democracia que se conoce, la democracia organizada en torno a los partidos.

INCLUSO CODECIDIENDO

Los militantes deben ser sensibles a la opinión y a la crítica externa, porque pueden acertar o equivocarse en sus proyectos, pero el límite debe ser respetado. Algunos compañeros dicen a veces que hay agrupaciones no contabilizadas que no sólo pretenden opinar, sino que tratan de decidir. Podemos preguntarnos si esto es malo o es bueno. La paradoja es que es lo mejor que nos puede pasar, aunque sea lo más difícil de soportar. A veces cuesta trabajo explicarlo a la organización del partido, cuando se irrita ante las intromisiones en la toma de decisiones. No llamaría intromisión, porque no lo sería, al hecho de opinar sobre si lo hacemos bien o mal, o sobre cómo debería ser nuestro proyecto. Hablo de intromisión cuando se trata de la toma de decisiones. Y digo que es una paradoja porque no podemos tener un sentido patrimonial de un proyecto que está cambiando profundamente la realidad de España, a pesar de que a algunos les pesa e incluso otros no la aceptan. La está cambiando externa e internamente, desde el punto de vista socio-económico, desde el punto de vista de nuestras responsabilidades internacionales y desde el punto de vista del afianzamiento de la democracia. Hemos realizado esta tarea sin patrimonialismo, desde la asunción de grandes responsabilidades por el PS y no nos debe extrañar que mucha gente quiera participar, incluso codecidiendo, no sólo discutiendo con nosotros, porque saben que la decisión que tomemos afectará a su futuro, al futuro de la sociedad española. Por eso existe la tentación de codecidir no solamente mediante el voto expresado libremente en las urnas, sino también hacerlo cuando está abierto el debate precongresual.

Nosotros tenemos que saber soportar dicha situación, que constituye, sin duda, una parte de la carga de este partido, pero también de su grandeza. ¿Por qué no pretenden codecidir lo que otras organizaciones políticas discuten en su propio seno? Fundamentalmente, porque creen que no va a ser cualitativamente importante para los procesos de transformación con que se enfrenta nuestra sociedad.

Ahora bien, tenemos que distinguir entre aquellos que podrían tener un interés por alterar o vampirizar el proyecto socialista, a los que hay que decir, con toda cordialidad, que estamos abiertos a la discusión pero que el Partido tiene sus reglas de funcionamiento democrático y decide por sí mismo, y aquellos que de buena fe, sin estar dentro de las filas del socialismo o sin votar socialismo, desean discutir con nosotros y participar en el proyecto global que tratamos de llevar adelante.

Ahora se habla mucho de la casa común europea y de la casa común de la izquierda. Creo que no hay que ser excesivamente perspicaz para comprender que el tiempo nos ha dado la razón y que la opción del socialismo democrático ha sido la opción correcta. Por consiguiente, y sin ningún tipo de exclusión ni sectarismos, creemos que esta es la base sobre la que hay que articular un proyecto de la izquierda tan amplio como sea posible y, desde luego, siempre lo suficientemente amplio, al menos en nuestra voluntad, para representar mayoritariamente a la sociedad.

FUNDAMENTALMENTE UN CAMINO

¿Necesitamos hacer ese esfuerzo? Sí, necesitamos hacerlo, pero no desde una situación de deudores históricos. Nosotros tampoco queremos asumir la de acreedores y estamos dispuestos a flexibilizar, porque entendemos que el socialismo es un camino y lo seguirá siendo, que estamos dispuestos a responder a una realidad cambiante, pero no podemos flagelarnos por lo que ha ocurrido durante estas décadas con el ensayo de los sistemas comunistas. Nosotros hace muchos años decíamos ya que la libertad sirve para ser libres y que no era posible un socialismo sin libertad. Por consiguiente, nosotros no vamos a sacar el látigo para flagelarnos. Tenemos que estar abiertos a este nuevo debate, precisamente porque no debe realizarse sólo por las cúpulas o por los responsables, sino que hay que pensar también en ese segmento de la sociedad a la que antes me refería y que puede sentir la orfandad ante la ausencia de un modelo que se presentaba con características casi religiosas.



Recuerdo que en el 86 hablé largamente con Gorbachov. Aunque ahora me parece que ya no forma parte de su terminología, en aquel momento todavía me decía: "El sistema es bueno, lo que fallan son los hombres", afirmación que había oído mucho tiempo antes cuando estudiaba en un colegio religioso: "es bueno el Evangelio, lo que fallan son los hombres". Eso está bien para la religión, pero no hay que trasladarlo a la política. ¿Cómo es posible que hayan fallado tanto los hombres como para que estemos viendo lo que estamos viendo desde la caída del muro de Berlín? No es posible totalizar y, por tanto, fanatizar las ideas, creyendo que se le puede ofrecer a la sociedad un modelo acabado y perfecto, con resultados casi religiosos de paraíso terrenal. No es verdad; ni es verdad ahora, ni lo será en el futuro.

Hay que decirles a los ciudadanos que nuestro proyecto es fundamentalmente un camino, un camino que entraña unos valores por los que estamos dispuestos a seguir luchando, sin confundir los valores con los instrumentos. Pero a veces hemos aceptado algunos instrumentos a regañadientes —yo no debo decirlo— como por ejemplo el mercado. Porque esta sociedad vive en una economía libre y los poderes públicos pueden actuar sobre esa economía trayendo parte de la riqueza que se genera para intentar hacer justicia social y luchar por la igualdad. ¿Y por qué hacemos eso?

LECCIONES APRENDIDAS

Porque dentro de los valores o de las convicciones que compartimos sabemos que la educación no debe estar sometida al mercado, que la salud no es un problema de oferta y demanda en términos de beneficio. Por eso,

durante los años ochenta se han producido tres universalizaciones de servicios históricas en España: la de la sanidad, la de la educación y la de las pensiones, y probablemente esta década será recordada por ello. Pero hemos aprendido algunas lecciones. Una de las lecciones que hemos aprendido es que, para que el socialismo democrático realmente siga teniendo un apoyo mayoritario de la sociedad, no sólo tiene que haber proyectos. Tiene que decirse también cómo se financian esos proyectos y de dónde se obtienen los recursos para financiarlos. Porque los proyectos pueden ser brillantes, pero si no hay recursos para financiarlos, obviamente se convierten en un fraude a la sociedad. E insistiré una vez más en un punto que he destacado antes: un *plus* que podemos añadir es mostrar y demostrar que el poder político representado por el socialismo democrático, sea en el Gobierno, en el Parlamento, o en los municipios, garantiza a los ciudadanos que no está hipotecado ni sometido a ningún otro poder de los que existen en una sociedad democrática. Porque no hay ninguno más noble, ni más democrático, ni más igualitario que el del voto expresado en las urnas. No nos engañemos. En la medida en que podamos mostrar a los ciudadanos todo eso, podremos seguir protagonizando con ellos la década de los noventa.

La década de los ochenta ha sido muy importante para nosotros. Se han producido cambios que se consideran de una gran hondura histórica. Sin embargo, a veces uno se plantea el interrogante de cuánta sociedad hay detrás de cada uno de esos cambios. O surge la duda sobre si el margen político que nos ha permitido tomar decisiones y llevar adelante actuaciones realmente difíciles tiene también un gran acompañamiento social. La

salida de un prolongado período de dictadura suele producir una relativa confusión, deseos definidos de una manera insuficiente por el cuerpo social. La década de los noventa será, sin duda, muy importante para nosotros. Será decisiva para la construcción europea, y por tanto, será doblemente importante para España. La frontera de 1989 ha marcado el inicio de un nuevo período en el que la pugna será muy dura. ¿Hacia dónde se va a orientar la sociedad española? ¿Hacia dónde la europea en su conjunto? ¿Vamos a caer en la tentación de fanatizar en sentido contrario? En los países del centro y del Este europeo, que han vivido una experiencia negativa en las últimas décadas, existe el riesgo de lanzarse vertiginosamente en la dirección contraria. Es un riesgo que en parte debe preocupar también al socialismo democrático. Sin embargo, reproduciendo las palabras de Octavio Paz, las preguntas continúan y creo que las respuestas están en el socialismo democrático. Por tanto, igual que hace dieciséis años, mantengo la convicción de que el socialismo democrático es la respuesta para nuestra sociedad y para Europa. Y lo creo aún más en este momento, cuando se ha producido la crisis del comunismo y la caída del muro de Berlín como símbolo de la división del mundo en concepciones globales y totalizadoras. Tenemos un proyecto que identificamos con la sociedad española en su conjunto, una sociedad plural y rica, una sociedad dinámica y abierta, una sociedad tolerante como se ha podido demostrar a lo largo de todos estos años. Nosotros, que nos identificamos con esa sociedad, tenemos que ser capaces de trasladarle, desde nuestro Congreso, el mensaje socialista de los noventa. ☐